

sus duques y barones disfrutaban el privilegio de presentar para los beneficios á las personas de su agrado, sin dejar á los obispos la facultad de inquirir antes de dar la colacion sobre la pericia y costumbres de los sujetos presentados? ¿Dónde han visto que sea lícito á tales personajes negociar las piezas eclesiásticas, asalariando ministros que las sirvan en nombre de los magnates de palacio? En la última guerra civil que acaba de terminar no era raro asaltar los bandidos al pacífico viagero á la voz de viva Carlos V, queriendo ser reputados por carlistas en vez de facinerosos. Hay palabras que llevan naturalmente el deshonor consigo, y otras que se oyen con estimacion. Los escritores cortesanos no ignoraban esto, y por lo mismo se proponían conmutar el título de aduladores del trono por el de apologistas de la Iglesia galicana.

La Iglesia de Francia, siempre católica y perseverante en la doctrina que aprendió de sus eminentes doctores, lejos de participar de los sentimientos del gabinete, se lamentaba de sus extravíos; y aunque no estaba provista de suficiente fortaleza para hacer frente á la corte, le sobraba ciencia para penetrar á los novadores y prever el gran peligro de que estaba amenazada. Reflexionando sus obispos sobre las tentativas antes indicadas, se persuadieron de que se iba á caer por necesidad en un rompimiento cismático con la Santa Sede si no ocurrían prontamente á un riesgo que se adelantaba á pasos agigantados. La indiferencia con que les habia tratado el gabinete, remitiendo el ecsámen del concilio Tridentino al parlamento sin preguntarles siquiera su dictámen, habia ofendido, como era justo, su delicadeza, y mucho mas cuando despues, no contento con un desaire tan injurioso, habia consultado sobre el mismo asunto al famoso Moulin, primero luterano, luego calvinista, y siempre un novador desacreditado: hombre audaz, que abusando de la confianza que le dispensó la corte, vertió en su respuesta expresiones tan heréticas y escandalosas, que fué preciso prenderle y ecsigir su retractacion. Los obispos franceses tenían tambien presente la apostasía del cardenal de Chatillon, y su propuesta á la corte en union de otros siete obispos culpables de heregía, para congregarse un concilio nacional bajo la presidencia del rey en oposicion al Papa. Si se agrega á estos desacatos tan desenfrenados el proyecto práctico del triunvirato de Poissi en 1561, de adjudicar al gobierno todos los bienes eclesiásticos á escepcion de la cóngrua del clero, se acabará de formar una idea justa de la oposicion abierta en que se hallaba la esclarecida Iglesia de Francia con la ministerial llamada galicana.

El plan estaba ya completamente descubierto aun á la vista de

los entendimientos menos perspicaces. Los atentados del gobierno habian llegado á tal punto, que se hacia absolutamente indispensable, ó que la Iglesia de Francia cediese al torrente del siglo entregándose á discrecion del ministerio á imitacion de Inglaterra, ó que consultando á su antiguo lustre y nombradía, diese con fortaleza un testimonio manifiesto de su católica doctrina, cuyo segundo estremo, tan propio de su dignidad, abrazó gloriosa y noblemente. A este fin, persuadidos los obispos franceses de que el concilio de Trento era el verdadero dique para contener las heregías y llevar á efecto una reforma saludable, resolvieron casi unánimemente recibirle y acatarle segun era debido, desentendiéndose de las contradicciones del gobierno; por lo que previniéndose con ciertas medidas políticas precisas en aquel tiempo, celebraron al instante varios concilios diocesanos y provinciales, de mucha importancia y trascendencia á la disciplina católica de Francia. El de Reims, el primero y mas célebre de todos, adoptó sin vacilar en 1564 la profesion de fé de Trento, y condenó con libertad evangélica al obispo Beauvais, mas conocido con el nombre de cardenal de Chatillon, calvinista notorio y ecsaltado, que para no dejar razon de dudar y escusarnos de calificar su conducta, se habia casado escandalosamente, haciendo alarde de sus máximas heréticas. A continuacion del referido concilio se congregaron los de Cambray en 1565, de Ruan, de Burdeos, de Tours en 1583, de Bourges en 1584, de Aix en 1585, y el de Tolosa en 1590, en todos y en cada uno de los cuales sirvió de norma el Tridentino.

Verdad es que atendidas las circunstancias de la época no se olvidaron los Padres de poner á salvo las regalías del trono en cuantas ocasiones se ofrecian; pero como en todos los gobiernos del mundo, sin diferencia ninguna de paises, residen ciertas atribuciones peculiares del imperio compatibles con la libertad imprescriptible de la Iglesia, nada se opone semejante declaracion de los obispos franceses á su esplicita adhesion al concilio Tridentino; adhesion por otra parte tan trascendental, que separa claramente á la Iglesia verdadera de Francia de la ministerial llamada galicana. La última, pertinaz por su sistema en su idea maestra de dominar la Iglesia para apoderarse de sus propiedades, meterá mucho ruido siempre á favor del parlamento, de las universidades, y de los escritores lisonjeros satélites del ministerio; pero á despecho de tantos elementos de corrupcion capaces de arruinar cualquier empresa humana, la verdadera Iglesia de Francia, sostenida por el Espíritu Santo, se dará á conocer constantemente por medio de los concilios y de los obispos, órganos legítimos de la voz de Dios, y podrán

distinguir la fácilmente cuantos consulten la verdad de buena fé en los anales de la Iglesia, y no en los archivos de los gabinetes ó de las academias. Paréceme que he mostrado este juicio mio durante las épocas recorridas, y espero que lo probaré con tanta copia de razones en la revista de los periodos que me restan.

No me detendré en los reinados de Enrique III y IV, sucesores inmediatos de Carlos IX, en razon á que agitada la Francia durante aquellas épocas de guerra intestina, apenas ofrecia lugar á pensar en otra cosa que en salvarse cada cual de los peligros que le circundaban. Así que, no guardando conecion con mi propósito los sucesos de ambos reinados, me trasladaré al próesimo inmediato de Luis XIII, que abunda en muchas y mas notables pruebas.

El reinado de Luis XIII, que podria llamarse en realidad de Richelieu, abre su entrada en el mismo sistema de dominar al clero, tantas veces censurado, pues á pesar de que el prestigio de un cardenal parecia, segun juicio prudente, que habia de influir en el estado con ideas mas favorables á la Iglesia, advertimos con sorpresa todo lo contrario.

Algunas personas versadas en la lectura de los autores franceses se maravillarán acaso de mi anuncio, fundadas en el alto concepto que tendrán formado, tanto del catolicismo de aquel ínclito cardenal, como de su destreza incomparable para acosar á los hugonotes y lanzar á los calvinistas de la Francia. Ciertó es que cuando, repasando los anales de aquel siglo turbulento, consideramos á Richelieu, con Quinto Curcio en una mano y la pluma en otra, tirar las líneas cual hábil ingeniero, trazar el plano y emprender en la Rochela, por el modelo de Alejandro en Tiro, el prodigioso dique de 147 toesas, coronarle de artillería, cortar así la comunicacion á los ingleses, y rendir despues á discrecion todo el ejército de calvinistas, no podemos dispensarnos de reconocer en su persona el genio de un gran hombre, ni de tributarle el homenaje de nuestra admiracion. Mas sin embargo, todos estos rasgos característicos de su grandeza y las brillantes ventajas de su espíritu magnánimo, creador y luminoso, se compadecen bien con la prevencion fatal que le anima á favor de las máximas políticas de su gabinete.

El temor servil con que se escribia la historia de Francia en aquellos dias, y los estériles conocimientos que nos ha suministrado despues el filosofismo para ilustrarnos en materias tan dignas de atencion, ha sido la causa principal de no haberse penetrado bien la política de Richelieu ni el carácter de su gabinete. En mi concepto, sin reconocer espresamente que ecsistia en Francia un

plan constante de someter la Iglesia á la inspeccion esclusiva del gobierno con inhibicion absoluta de los Papas, careceremos del antecedente mas esencial para graduar los acaecimientos y las negociaciones diplomáticas de aquella corte. Y comprendo tambien, que ademas de dar por sentado este preliminar, no deben perderse de vista dos advertencias á cual mas conducentes al objeto: la una, que la verdadera Iglesia de Francia se distingue esencialmente de la ministerial llamada *galicana*; y la otra, no menos importante y acaso mas sustancial, que ésta última, lejos de simpatizar con los hereges, los perseguia á sangre y fuego donde quiera sacasen la cabeza.

Prévias estas nociones, es claro que la conducta política del cardenal en la Rochela, y el feliz écsito de su expedicion, satisfacian cumplidamente los votos de la corte en cuanto al esterminio que habia alcanzado de los sectarios; mas como la aceptacion del concilio de Trento envolvia la condicion de ceder en las pretensiones écsageradas sobre regalías y renunciar á la pragmática-sancion, anatematizada por los concilios y los Papas, el cardenal rehusó constantemente recibirle; y así, en vez de un medio tan canónico para confundir á los novadores, prefirió encomendar á sus talentos y al valor del ejército francés la causa de la religion.

De consiguiente, luego que la suerte próspera de las armas dejó cumplidos sus deseos, soltó la rienda á sus pasiones, y entrando con mas calor que nunca en el pensamiento dominante del gobierno, se propuso dar una nueva forma y mas imponente á la Iglesia ministerial, sentándola sobre ciertas bases que habia meditado y hacian el fondo de su orgullo.

Con esta idea, alegando pretextos estudiados y un celo ardiente por el pronto despacho de los negocios eclesiásticos y el puntual cumplimiento de la disciplina canónica, solicitó de la Santa Sede la legacia de Francia, destino de alta categoría y de una influencia por sí mismo muy trascendental entonces, y que hubiera aumentado infinitamente su importancia recayendo en un ministro árbitro de tan poderosa monarquía; pero al Papa, dotado de luces extraordinarias y de un tacto esquisito para penetrar los hombres, no se le ocultaban las miras insidiosas de Richelieu, por lo que al mismo tiempo de guardarle todas las atenciones debidas á su elevado ministerio y á la inapreciable recomendacion del Rey Cristianísimo, puso en consideracion que las circunstancias críticas en que se encontraba la Francia ecsigian la inspeccion inmediata de la Santa Sede, y no le permitian descargar tanto peso en un ministro abrumado de negocios.

Los recelos del Papa eran fundados, y en prueba de que no se equivocaba en el concepto que le debía el cardenal respecto de sus planes ulteriores, se vió despues con admiracion de franceses y estrangeros que un personage tan visible y condecorado, y de tanta nombradía por su privanza y sus talentos dentro y fuera de Francia, no se avergonzó de mendigar de los monges del Cister y de los premostratenses la abadía suprema de sus órdenes. Pensaba, sin duda el cardenal á la sombra de los monges poner en planta su sistema, obrando simultáneamente por medio de los resortes políticos ausiliados de la influencia religiosa; pero como el Sumo Pontífice vivia persuadido, no de las ideas ambiciosas personales de Richelieu segun se esplican los escritores franceses, pues al Papa nada le importaba una vanidad mas ó menos en el mundo, sino mas bien del sistema nunca interrumpido del gabinete de sujetar la Iglesia á la corona, se negó abiertamente á confirmar el nombramiento del abad supremo, de cuyas resultas los monges establecidos fuera de Francia, no contentos con desconocerle por abad, le ridiculizaron con ironías insultantes, dejándole desairado en su reino y en toda Europa.

Sin duda que las ideas del abad supremo abrazaban planes estensos en el caso de haber aprobado el Papa el nombramiento, cuando á pesar de no hallarse revestido ni de la legacia ni de la abadía, recurrió al último extremo de convocar un concilio nacional, con el objeto, decia, de reformar al Papa y abolir el yugo tiránico de Roma.

Esta idea favorita del gabinete francés no desaparece nunca de su politica, segun llevo probado. Con todo, gracias á la Providencia, siempre propicia al reino cristianísimo, la verdadera Iglesia de Francia ofrecia un obstáculo insuperable á los ministros, que le desbarataba todos los proyectos; y así fué que la asamblea del clero congregada por el gobierno para el caso, rechazó con fortaleza una propuesta tan desacordada, manifestando esplicitamente que en ningun concilio del mundo residian facultades para reformar al Papa, ni implicarse en las atribuciones de la Santa Sede.

Es necesario no incurrir en la equivocacion de creer que me propongo hacer un bosquejo de la historia de Richelieu. Estoy siempre probando la tendencia nunca interrumpida del gabinete á apoderarse del gobierno de su Iglesia, á fin de que se gradúe como merece la tentativa mencionada del cardenal, por cuanto si preocupados mis lectores con las historias francesas se la atribuyesen á su carácter personal, ni formarían el verdadero juicio de los sucesos eclesiásticos de Francia, ni los correlacionarian con la precision que lo hago yo desde Cárlos VI en adelante.

Desahuciado, pues, el cardenal por la asamblea del clero en su designio del concilio nacional, y frustradas sus esperanzas de la legacia y abadía suprema de las órdenes, que deberian haber servido de escala á sus proyectos sucesivos, proporcionándole gradualmente establecer el sistema favorito que fermentaba en su cabeza, rompió por todos los respetos, y sin reparar en modos ni en peligros, reveló el pensamiento audaz que habia tenido siempre reservado, y era el móvil de todos los ensayos hechos hasta entonces en las pretensiones antes referidas; pensamiento que conciliaba su ambicion personal con los planes de la corte, reducidos, en suma, á crear en Francia un patriarcado independiente de Roma.

Poseido de esta idea, y conjeturando por su propio corazon que el mejor resorte para ganar la confianza de cierta clase de personas es el de lisonjear sus intereses, escitó á las catedrales por medio de cartas halagüeñas y ofrecimientos extraordinarios, á que cediesen á la corona su antiguo derecho de elegir obispos. Anticipando esta medida, imaginaba luego rescindir el concordato de Francisco I con la Santa Sede, y colocando despues en las sillas prelados de su confianza, convocar en seguida un concilio nacional, que compuesto entonces de hechuras suyas adictas á la corte, hubieran dado los sufragios para constituir el patriarcado que tanto ambicionaba.

Y con el designio de facilitar mas su pensamiento, dispuso tambien que los célebres hermanos Pedro y Santiago Dupuis publicasen la famosa obra intitulada *Derechos y libertades de la Iglesia galicana*; obra tan indigesta, parcial y atestada de errores y calumnias, que sin embargo de la prepotencia del cardenal, fué suprimida por un decreto del supremo consejo de Estado, y condenada por veintidos prelados de los mas ilustres de la monarquía.

No obstante, el espíritu sistemático del gabinete francés contaba con tantos partidarios, que todas las personas instruidas en la historia de aquella era, convienen con mucho fundamento en que se hubiera establecido el patriarcado de Francia, ocasionando un peligroso cisma, á no haber fallecido Richelieu en aquella crisis á fin del año 1642. Y como la muerte del cardenal coincide con el término del reinado de Luis XIII, nos encontramos ya con el memorable de Luis XIV, que tenia á mis lectores en espectativa, y á mí con muchos deseos de alcanzarle, y que por la misma razon de su interés particular, he remitido con separacion á la seccion inmediata.